

RED

Miguel Ángel Cadena



Capítulo 1

La cantina se encontraba casi desierta, sólo de fondo se podía escuchar una musiquilla que provenía de un aparato musical de otra época, lo llamaban gramola. Del techo colgaba un ventilador viejo con el motor medio averiado, haciendo que chirriase con cada vuelta de aspa. Todo tenía un aspecto sucio y polvoriento, incluso el robot que se encontraba detrás de la barra tenía sus partes abolladas y su pintura corrida. Frente a la barra, tres hombres bebían a tragos largos el ron que le había servido el camarero. Sin hablarse ni mirarse entre ellos. El local disponía de mucho espacio, repleto de mesas y sillas, pero sólo una mesa se encontraba ocupada por cuatro tipos que fumaban puros y jugaban al póker sin armar mucho escándalo. Todos los allí presentes mostraban un aspecto de rudeza, y sin embargo reinaba un silencio en cierto sentido cómodo. Fue así hasta que un hombre se lanzó al salón abriendo de un portazo las puertas de vaivén. Cayó al suelo desplomado, casi ahogado en su propia respiración frenética. El robot tras la barra que lucía en el pecho una insignia con las siglas "T.O.R" levantó la cabeza a la vez que limpiaba un vaso con un trapo. Esa fue la mayor reacción al suceso, realmente a nadie parecía importarle demasiado. - ¿Qué desea señor? - dijo con una voz pregrabada del famoso actor y galán Francis Morigan. El hombre jadeante se levantaba del suelo con esfuerzo. Por su aspecto sudoroso se deducía que había llegado corriendo sin parar desde muy lejos. Apoyó la mano sobre una mesa rajada y habló con dificultad.

-Por favor...-se acercó cojeando hacia la barra. Fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que estaba herido en la pierna izquierda- es la banda de Hawkins, "demente" Hawkins...

Se dieron la vuelta los bandoleros sentados en los taburetes cuando escucharon retumbar el suelo con la caída. Sólo uno se levantó, envuelto en un misterioso chal oscuro, se acercó lentamente hacia el cuerpo tendido, haciendo chasquear sus zapatos en la madera con cada paso. Se inclinó y se quitó de la cabeza el sombrero de color café, dejándolo atado en su cuello con un fino lazo negro. Silencioso, miraba directamente a los ojos medio cerrados del dolor. Comenzaban a caer gotas de sangre a los tablones del suelo.

-Dime qué ha pasado - dijo con voz grave el misterioso hombre-.

-La mina... la mina Ster, al norte - tosió secamente- aparecieron de repente él y sus secuaces, y sin siquiera decir una palabra se lio a tiros con los que tenían la mala suerte de cruzarse con él. Se ha hecho con la mina en cuestión de horas.

-Shhh – levantó la palma de la mano pidiendo silencio- No hables más, necesitas curarte esa herida, tiene mala pinta. ¡Eh, Tor! Saca el botiquín de primeros auxilios, lo llevaré a la parte de atrás. –Si señor- respondió el robot con su atractiva voz.

Lo levantó del suelo con cuidado. Sintió el frío tacto de una mano metálica, pero estaba demasiado mareado como para darle alguna importancia. No era extraño ver a alguien con un implante robótico. Lo dejó caer en un colchón a ras de suelo que, a pesar de lucir un aspecto desvencijado, era sorprendentemente cómodo. El hombre envuelto en su pañoleta abrió la única ventana de la habitación, tras lo que se quitó el pañuelo para dejarlo colgado en un clavo saliente de la pared. Iba vestido con una camisa desgastada de color blanco, abierta hasta el pectoral. Sus pantalones de pinza negros estaban sujetos por un cinturón de cuero castaño, y por encima de este, un poco más suelto, otra correa con diferentes fundas. El robot llamado Tor entró por la puerta levantando de forma mecánica las rodillas.

-Aquí tiene el botiquín señor. – cargaba en sus manos un estuche con varias vendas y diversos utensilios médicos para tratar heridas de poca y media gravedad.

- No me dejes el trabajo a mí listillo, yo no tengo nada que ver, eres tú el que trabaja aquí, así que es responsabilidad tuya curar a este tío.

- Como desee señor, pero tenga en cuenta que no estoy programado para prestar servicios médicos. Aun así, lo haré lo mejor que pueda. – Dejaba escapar el sonido por unas rejillas colocadas a la altura del mentón-.

El hombre que se encontraba de pie frunció el ceño mientras que el robot abría la cajita de primeros auxilios- ¡Bah! –bufó- mejor déjame a mí, no vaya a ser que salga peor de como entró. – Tor dejó los utensilios en una sillita a los pies del colchón-.

Primero, sacó un pequeño bote de alcohol y una cinta de tela larga, de la cual cortó un trozo con una navaja que guardaba en el bolsillo. Observó la bolsa un momento y cogió unas pinzas de cirujano con forma de tijera que se arqueaba en la punta. Tor trajo una olla con agua hirviendo y echaron las pinzas y la navaja dentro. Esperaron un par de minutos. Mientras tanto el hombre se hallaba empapando en alcohol una de las dos gasas. Mientras yacía en la cama, el herido no podía hacer otra cosa que suspirar e intentar no perder la consciencia. El hombre que se encontraba de pie se remangó la camisa y se agachó para hablar con él.

-Ponte esto en la boca y muérdelo cuando te duela – le dejó caer en el pecho una venda- Te aviso de que te va a doler con cojones, pero es

mejor que dejarte con la herida y la bala dentro.

Cortó con unas tijeras un trozo de su pantalón. Vieron la herida cuajada en sangre negra que dejaba un rastro sanguinolento del muslo hacia abajo. – prepárate- le dijo con un tono burlesco enmascarado por su voz áspera. El pobre diablo tumbado en la cama gemía de dolor mientras le hacían una incisión bajo la hendidura del muslo, entonces sacó las pinzas y comenzó a buscar la bala mientras el sujeto apretaba con los dientes la bola de tela babeada, entre bramidos y lágrimas se atenazaba a los laterales de la cama mascullando sordamente. Nunca se sentiría en su vida más aliviado que cuando escuchó el sonido del metal tintineando contra el suelo. Le ataron la gasa empapada alrededor de la herida y poco a poco fue dejando de sangrar.

-Ahora solo necesitas reposar durante unos días y todo listo. Pero no vayas a pensar que voy a llevarte en brazos hasta tu casa también.

Poco a poco se iba incorporando. Su cara dejaba de tener ese matiz rojo y su respiración retomaba su ritmo natural

- Gracias señor...

-Red, me llamo Red.

-Señor red. Muchas gracias por atenderme, y a ti también señor robot. – Tor agachó la cabeza-

- No te me vayas a poner colorado, Tor- esbozó una media sonrisa.

Se quedó observando unos instantes el revolver plateado que llevaba el pistolero en una funda mientras este lavaba y recogía las pinzas y la navaja. Descolgó su manteleta del oxidado clavo y se dispuso a salir por la puerta.

- Señor Red, es usted cazarrecompensas, ¿verdad?

El pistolero frenó en seco.

-Sí, lo soy – giró la cabeza levemente y le miró un instante. Siguió hacia la puerta-

- ¡Espere señor! Necesito su ayuda. Necesitamos su ayuda. Hawkins está allí en la mina masacrando a mis compañeros. Habrá matado a muchos, pero seguro que todavía queda algún minero con vida, seguramente los mantiene allí presos... - apretó el puño con todas las fuerzas que le quedaban- alguien tiene que parar a ese maldito loco.

Red se mantenía de espaldas. El viento soplabá con fuerza, entraba raudo por la ventana moviendo las hojas sueltas que había en la mesa pegada a la pared. Durante unos segundos sólo se escuchó el viento.

-Como bien dijiste antes – soltó por fin- soy un cazarrecompensas, no un héroe. No puedo ir por ahí arriesgando mi vida por los demás sólo porque es lo correcto, no duraría ni un mes vivo– se colocó de nuevo su viejo sombrero- Son tiempos difíciles, y este mundo nuestro está repleto de personas necesitadas de ayuda.

Sintiendo una impotencia aplastante, el minero malherido se mordió los labios. Pensó en sus compañeros abandonados y tuvo que sorber la nariz y aguantar las lágrimas para no mostrar su debilidad.

-Los chicos y yo tenemos una caja de ahorros para emergencias, y no hay emergencia mayor que esta. Estoy seguro de que no dudarán en darte el dinero. – su voz se notaba quebrada.

- ¿Cuánto?

-Unas 100 monedas. Yo mismo me ocuparé de pagarte si así lo prefieres. Tienes mi palabra. Busca a dos o tres compañeros y ve a la mina lo más rápido que puedas. Por favor.

Antes de cerrar la puerta se volvió y le miró seriamente con sus ojos de aspecto lobuno. Su serio semblante le otorgaba un aura poderosa, era difícil aguantarle la mirada.

-Me las apañaré solo.

En lo alto del desierto, allá arriba en el cielo, estaba clavada la joya abrasante. Su luz se extendía por todos los rincones, achicharrando a todo el que se aventurase a poner un pie en su reino desolado. En el infinito océano de arena sólo podían prosperar los seres más áridos de la tierra. Escorpiones, cactus, coyotes y algunos arbustos secos eran los únicos adornos que se podían ver, quitando en este excepcional caso la colosal ala metálica que se encontraba enterrada en la arena. Era uno de los pocos recuerdos anteriores al tiempo de guerras. Se encontraba casi desarmada en su totalidad por el habitual saqueo de forajidos, bandidos y alimañas varias que iban allí en busca del preciado material del que estaba construido, el titanio. Un poco más adelante se encontraba la mina Ster, sitiada actualmente por la banda de "demente" Hawkins.

-Que calor hace joder. Vaya suerte hemos tenido quedándonos aquí vigilando la entrada. Menos mal que dentro de poco nos toca el cambio de turno.

-Llevamos aquí como mucho una hora y media, y siento como si llevase desde que apareció el sol por el Este. – Pasó el reverso de la mano por la frente, que ya adoptaba una textura más bien acuosa. Sacudió bien fuerte la mano porque estaba empapada-.

Las ondas de calor eran perfectamente visibles, era lo único que podían ver los dos forajidos que se encontraban en la boca de la cueva, quitando por supuesto la arena y sus esparcidos montículos espoleados con pedruscos. Para matar el tiempo charlaban sobre no muy diversos temas, en su mayoría hablaban de dinero y en ocasiones de mujeres, pero sobre todo de las mujeres que podrían alquilar con el dinero que iban a sacar tras del saqueo.

-Pues yo me iré a Guill, y allí entraré en el Whisper Rose. Con el dinero que sacaremos de aquí podré darme ese capricho.

-Al burdel más caro de toda la zona de Goldgift. Sí señor, allí se debe pasar un buen rato desde luego. Yo sin embargo pienso gastarme el dinero en un caballo de pura sangre.

- ¿Para qué quieres un caballo si lo puedes robar? – Carcajeó sonoramente-.

-Es cierto, pero no es lo mismo. Quiero comprarlo cuando todavía sea un potrillo, así lo criaré yo mismo. La confianza y el cariño que se labra con un animal desde pequeño no es la misma que cuando te lo llevas por la fuerza. Además, siempre me han gustado los caballos – dijo esto último a la vez que se tocaba levemente la nuca-.

-Bueno, puedes hacer con tu parte lo que te venga en gana. – Los dos callaron durante unos minutos-. A todo esto, quería yo preguntarte, ¿Qué mierda ha encontrado Hawkins ahí dentro para pagarnos tan generosamente?

- No pude enterarme muy bien, ya sabes cómo es Hawkins, solo saben los detalles sus más cercanos. A lo sumo lo sabrán con exactitud dos personas más. Sin embargo, tengo entendido que mientras trabajaban, los mineros encontraron algo sepultado por las piedras. Tuvo que ser algo bastante grande porque se pasaron varios días desenterrándolo. Desconozco cómo pudo enterarse tan rápido, pero nada más lo supo nos mandó venir aquí, y el resto ya lo sabes.

- ¿Habrá encontrado un filón de oro gigante?

-Lo dudo bastante.

-Pues algo gordo debe de ser. –Miró el cielo pensativo-. Cuando hagamos el cambio intentaré meterme más adentro en la mina, a ver si puedo ver

algo. Me mata la curiosidad.

-Yo con que me pague lo que promete estoy satisfecho, es un trabajo sencillo, sin peligros. La verdad es que no me puede importar menos lo que haya ahí.

El compañero miraba hacia delante con los ojos entrecerrados. Se colocó la mano en la frente para ver mejor.

-Oye, ¿Qué coño es eso?

A lo lejos se movía hacia ellos una figura envuelta en negro, parecía más sombra que persona.

-Parece... -Abrió los ojos del asombro- ¡una persona!

-Joder, qué coño hace alguien viniendo hasta aquí con el calor que hace, a una mina perdida de la mano de dios. ¿No será que les han puesto precio a nuestras cabezas verdad?

- ¡Cállate y saca el rifle, que se está acercando!

Un silbido cortó el aire. Fue lo último que escuchó, pues cuando quiso darse cuenta ya se encontraba con un agujero en la cabeza.

- ¡Mierda! – Intentaba descolgarse el rifle de la espalda, pero estaba tan nervioso que se le resbalaba de las manos-.

Mientras colocaba torpemente el rifle en posición de disparo las manos le temblaban terriblemente, y la sombra, en su tranquila travesía, se encontraba más y más cerca. Disparó cerca de su objetivo, pero no consiguió acertar. Lo intentó de nuevo. Falló. El palpito mortal en su pecho, la respiración acelerada, los movimientos espasmódicos de sus manos. Tenía la certeza de que jamás acertaría. Cuando decidió cambiar de estrategia, el misterioso individuo ya se encontraba a unos pocos metros de distancia. Caminaba con pasos sobrios, como si no temiera acabar con una bala de rifle en la cabeza. Puede que ese pensamiento fuese el detonante para que se volviese de espaldas y comenzase a correr como un condenado. Sangre. El calor se despendía del pecho a la vez que un río rojizo nacía de dos agujeros. Ni siquiera se percató de los disparos. Puede que desde que lo vio supiese que iba a morir.

Pasó frente a los dos cuerpos sin detenerse, sin siquiera agachar la cabeza. Abrió la capa que lo envolvía. Tenía cercos de sudor dibujados en la camisa, pequeños teniendo en cuenta la temperatura. Colocó tres balas en la recámara del revólver y volvió a enfundarlo. Siguió andando al paso calmado con el que había llegado. Las pisadas se iban reverberando cada vez más a medida que se adentraba en el túnel. Al principio avanzaba por

un pasadizo más bien estrecho, con una vía para los carros cargados de minerales, pero cuanto más recorría, descubría huecos más espaciosos. Todo estaba asegurado con estructuras de acero y pilares de madera robustos, aun así, lo último que transmitía aquel lugar era seguridad. El ambiente estaba sobrecargado, en una mezcla de polvo grisáceo y fuerte olor a carbón. Un escenario asfixiante. Red se alegró de no tener que trabajar aquí. Avanzaba en silencio por las diferentes galerías. Escuchó a unos cuantos palmos de distancia, detrás de la esquina, unas voces ajenas que hablaban sobre un cambio de guardia. Se pegó a la pared y observó de reojo.

-Venga, ya va siendo hora de ir fuera. – Una mole de músculos recubierto de pelo en cada centímetro de piel se levantó-

Estaban en medio del camino que conducía a la parte más profunda de la mina, sentados alrededor de una lámpara. Había alguien más descansando tras una caja grande.

- ¿Qué hacemos con esta niña?

- HmMMM – el gigante titubeaba mientras se rascaba la barba desmigajada-. Vamos a llevárnosla con nosotros, no nos queda otra. ¡Venga, arriba coño!

Se levantó del suelo, atada por las manos con una cuerda, una niña pequeña, morena, en parte por la suciedad. Vestía un conjunto de color azul con algunos zurcidos e hilitos sueltos. Sus dos lindas trenzas bailaban a la vez que ella se movía.

-No quiero salir fuera, el sol nos va a freír como a las patatas. – la niña miraba con sus redondos ojos del color de la miel a la bestia recia que tenía delante-.

-Vas a hacer lo que yo te diga y punto. Tampoco tienes elección. – La empujó, como bruto que era, más fuerte de la cuenta. No cayó gracias a las zancadas que dio-.

La niña, con su cara de enfado que producía más risa que miedo, sacó la lengua y se colocó detrás de los dos bandidos que la llevaban con una cuerda larga.

Andaban despacio sin prever que, detrás de la pared, se encontraba ya preparado el cazarrecompensas. Con un rápido movimiento de muñeca, clavó su cuchillo en el muslo del gigante, haciendo que este soltara el lazo y se agachara temblando de dolor. Desenfundó en un instante. Esta vez no para disparar, sino para propiciar un duro golpe con la culata que resonó en todo el pasillo. Cayó como un toro caería muerto en el suelo, levantando una nube de polvo. El cañón de otra pistola ya le apuntaba a

la sien. Como si supiese el momento exacto en el que apretaron el gatillo, se agachó, y ágilmente se posicionó frente a su enemigo, al que asestó un potente puñetazo en el estómago que le hubiese hecho vomitar si hubiese comido algo. Se quedó sin aire y se encorvó de rodillas en el suelo. Redladeó la pierna y pateó con fuerza. Los dos saqueadores se encontraban ahora tumbados boca abajo, inconscientes.

Durante toda la acción, la niña se limitó a observar boquiabierta la escena, clavada como un clavo en su sitio, sin moverse ni un poco. El pistolero se dio la vuelta y vio a la pequeña con los ojillos brillantes de emoción, todavía maniatada.

-¡Wuoooh! ¡Has tumbado al gigantón en un santiamén! - lo inspeccionó de arriba abajo, parando en los detalles que le parecían interesantes, como su reluciente pistola o las múltiples bolsitas del cinturón que caía un poco hacia abajo-. ¿Vienes a rescatarme? ¿Quién te ha avisado? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cuándo...

- El que debería hacer las preguntas soy yo -interrumpió de pronto a la niña- ¿Qué hace una cría en una mina perdida y encima presa de unos bandidos?

La chiquilla adoptó ahora un gesto entre desconfiado y asustadizo

-Perdona, puede que haya sido un poco brusco. -Se arrodilló para estar a su misma altura-. Aunque no entiendo cómo te voy a dar miedo ahora y no antes cuando le he dado una paliza a estos tíos.

-Pero ellos se lo merecían, me hicieron pasar miedo.

-Desde luego que se lo merecían. Pero ahora dime, ¿cómo es que has acabado aquí? - intentó mostrar la cara más amigable que tenía-.

-Vine hasta aquí sin que nadie se enterase porque me dijeron que mi padre trabajaba aquí, en estas minas.

- ¿Eres huérfana verdad? - Su rostro se volvió menos duro-

-Sí, por eso quería conocer a mi padre. Quería ver qué hacía, cómo era. Quería ver si se alegraría...- comenzó a sorber la nariz-. Cuando me colé aquí había mucho revuelo, escuchaba disparos y gritos, y cuando me arrepentí de haber venido ya me habían visto.

Red se mantenía en silencio. Fue a por el cuchillo que se encontraba clavado en la pierna del mastodonte para cortar las cuerdas que ataban a la pequeña. Mientras rasgaba la cuerda, la niña comenzó a pensar en quién podía ser aquel hombre que la había salvado, sin embargo, decidió

no preguntar.

-Señor, ¿cree usted que mi padre estará todavía vivo? Puede que esté con los demás presos. Todavía hay gente viva aquí.

- Eso tendrás que averiguarlo tú, no voy a hacer de canguro. Además, dentro va a haber mucho jaleo, es peligroso para una muñequita como tú.

La muchacha arrugó la nariz con el último comentario y volvió a poner esa cara de enfadada que no intimidaba a nadie. El hombre se levantó dispuesto a seguir.

-Bueno, antes de que nos separemos querría saber tu nombre.

-Me llamo Rosemary.

-Bien, encantado de conocerte pequeña Rosemary. –Comenzó a andar hacia la profundidad de las minas-.

- ¡Espera! –Gritó- ¿Te digo mi nombre y no me dices el tuyo? Qué grosero.

- Llámame Red. – Rió con una naturalidad a la que estaba poco acostumbrado-.

Siguió recorriendo los enrevesados túneles regados, por algunas zonas, con los cadáveres de los trabajadores que yacían en charcos de su propia sangre. Enfrentaba cada cierto tiempo maleantes que no disponían de tiempo para reaccionar a los sorprendidos y raudos ataques del caminante. Durante todo el recorrido notaba una presencia a sus espaldas. Sorprendía por el rabillo del ojo una silueta que se esfumaba siempre que intentaba seguirla con la vista. Sabía perfectamente que quien lo seguía, agazapada, era la chiquilla que se encontró antes, la pequeña Rosemary. Se acercó a un grupo de mineros enredados con cuerda robusta. Los liberó y estos le agradecieron eternamente.

-Muchísimas gracias – el minero, bajo y orondo, estrechaba energicamente la mano con Red-. Ese traidor no merece otra cosa que la muerte. Haces bien en llevársela.

- ¿Cómo que traidor? ¿Acaso lo conocíais de antes?

-Claro que sí – saltó uno delgaducho vestido con un peto marrón- Trabajó con nosotros hasta el año pasado, después se dedicó al robo y la extorsión con su nueva banda, pero todavía mantenía el contacto con algunos de nosotros. Mientras hablaba con uno de nuestros colegas se enteró de lo del generador de agua este que desenterramos. - La expresión de aflicción

de su cara era comparable a la del hombre que entró en la cantina arrastrándose ese mismo día- Fue descubrir esa cosa y venirnos las desgracias a pares, todo por culpa de ese cabrón avaricioso.

-Ya veo – arrugó el rostro pensativo-. Mientras picabais disteis con un antiguo generador de agua. Claro, tal y como están las cosas, el agua potable es un negocio más rentable que unos cuantos saqueos espontáneos. Lo que quiere es hacerse con el control del generador y distribuir él mismo el agua al precio que le venga en gana. ¿Verdad?

-Exactamente es como lo dices señor.

La niña observaba detenidamente con una ilusión infantil a cada uno de los mineros que había salvado Red, buscando esa marca tan distintiva que le habían dicho que portaba su padre. Ninguno de ellos encajaba con la descripción que le proporcionaron. Su cara de decepción llegó hasta los ojos de Red, y este se enterneció.

-No te preocupes muñequita, puede que tengan a tu padre encerrado en otro lugar. – Mintió –

-No lo creo, estos eran los únicos supervivientes, estoy segura. Puede que fuese uno de los que encontramos muertos allá atrás, a esos no los inspeccioné. – desde ese momento tomó un aire amargo, sabiendo que su padre no estaría ya en este mundo-. Pero por si acaso te seguiré.

- Eres libre de hacer lo que quieras, eso sí, quédate atrás, como estabas haciendo antes.

Finalmente, tras una larga exploración subterránea llegaron al corazón de la mina, un lugar abierto, donde convergían multitud de caminos, con sus railes y sus vagones. Todo estaba iluminado por focos desperdigados, produciendo un entorno más bien lóbrego, con una iluminación pobre que hacía ensombrecer gran parte del escenario. Y allí, como ajustado en la piedra, se encontraba una colosal estructura con tubos y cañerías que se esparcían hacia todas partes. Era una especie de contenedor hecho de finas planchas de acero. Red inspeccionó el lugar con un rápido vistazo, vio a tres hombres, uno sentado en una caja frente al generador, apuntando en una libreta. A su lado se encontraban dos escoltas con sus armas a la espalda.

-Allí está, sentado. Espérame aquí y procura no mirar. Acabaré rápido – apuntó con su revolver desde lejos a uno de los escoltas.

- ¡Espera! –El grito de la chica sobresaltó a Red-

-Joder no me des esos sustos, ¿qué pasa?

-Creo... -La pequeña observaba con atención al sujeto sentado en la caja. Se fijó en su mano derecha, en un tatuaje circular que la adornaba-. ¡Papá!

Salió corriendo antes de que Red pudiese sujetarla, bajó la rampa tropezándose a causa de la misma velocidad, haciendo un ruido que los bandidos no tardaron en captar. Se giraron mientras la niña corría y corría hacia ellos con una sonrisa mellada y lagrimillas saltadas. Vieron a Red corriendo también tras ella, y no dudaron ni un segundo en desenfundar, pero Red lo previó y pudo adelantarse. Pulsó el gatillo y la bala impactó contra las costillas de uno de ellos, inmediatamente ya estaba activando el martillo para efectuar otro disparo que acabaría en el ojo de su compañero. La muchacha seguía su camino, y su padre también iba hacia ella como impulsado por un muelle. En el instante antes de que llegasen a rozarse los dos la pequeña entendió que su padre no tenía intención alguna de abrazarla como sucedía en su imaginación. Maldijo aquel momento durante mucho tiempo. El hombre con chaqueta de cuero negro la agarró y le tapó la boca antes siquiera de que la pequeña lo nombrara como su progenitor. Puso una pistola en su cabeza y las lágrimas que antes surgían de pura emoción se tornaron ahora en un llanto de pánico que se ahogaba en la firme mano que la amordazaba.

-Así que ya hay cazadores que vienen a por mí. Bien, así será más interesante – Apretó el arma contra la sien de la pequeña que se encontraba atemorizada- Como te muevas despídete de esta niña. Mírame a los ojos, sabes perfectamente que lo haré. –Sus ojos transmitían un desequilibrio que conjuntaba a la perfección con el sobrenombre que se había ganado-.

Se encontraban el uno contra el otro, separados por un espacio de escasos dos metros y medio. El aura que se tejía alrededor de los tres era de un silencio tenso y aterrador. Ninguno de los dos se atrevía a hacer nada, se limitaban a analizarse el uno al otro, temiendo que en cualquier momento hubiese una reacción inesperada. Red observaba la escena con una atención extraordinaria.

-Mira – dijo al fin Hawkins- vamos a hacerlo así. Doy por hecho que todos mis compañeros están muertos, pues si no lo estuviesen tú no estarías aquí. Mira esto – ladeó la cabeza señalando al monstruoso aparato- Esto puede generar muchísimo dinero, más del que podrás conseguir en toda tu vida persiguiendo malhechores. No voy a dejar que los putos agentes del gobierno vengan y se queden con todo el negocio para ellos solitos. Piénsalo cazador, nos asociamos y te quedas con el quince por ciento de los beneficios. Eso es mucho dinero.

- ¿Crees que en mi cabeza podría pasar en algún momento, por fugaz que pudiera ser, el pensamiento de aliarme con un puñetero loco que está frente a mí apuntando con una pistola a una niña pequeña?

-Así que es por eso..., bueno, siempre podemos hacer que desaparezca.

Estaba a punto de hacerlo. Iba a disparar. Se tomó un fragmento de segundo para observar la cara de la niña, con esa piel parda, esos ojillos... esos ojillos eran iguales a los suyos, de un color ámbar, bordado por el exterior de un marrón claro como las hojas del otoño. Esos ojos no podían ser de otra persona. Estudió la cara mojada y todas las facciones le resultaban tan familiares que quiso deshacer el tiempo en pedazos, tan pequeños que nadie pudiese ponerlo en marcha de nuevo. Pero no pudo. Nunca jamás pudo hacer nada por remediar esas acciones tan atroces. Su gesto se torció en un asombro nostálgico mientras el suelo lo llamaba con una fuerza imparable. Lo arrastraba, aunque él no quería. No quería irse. Pero se fue. Cayó fulminante en el suelo, arropado por los brazos lánguidos de su hija. Supo que ese era el mejor final que le podría esperar, y en cierto modo se alegró de ello. Con las manos manchadas de sangre, de su misma sangre, Rosemary no tenía lágrimas para llorar a su padre.

Red estaba frío en su posición, inamovible. Veía a la chiquilla de rodillas con su padre, y veía también las manos de su asesino. Dudaba entre acercarse o no, entre consolarla o dejarla tal y como estaba durante el tiempo que necesitase. Como era de costumbre, optó por un silencio largo y reflexivo. Al tiempo, Rosemary se levantó. Red se hallaba apoyado en una viga de madera mirando hacia el suelo, decidido a no hablar hasta que los sentimientos de la muchacha se ordenasen.

-Está bien – declaró la inexpresiva Rosemary-

-Seguro que... yo no tuve elección, él iba a... - su voz pretendía ser tranquila, pero traslucía la incertidumbre-

- Sí – lo interrumpió-. Una persona así no puede ser mi padre, jamás lo podré reconocer como tal. Cuando me tenía aferrada contra él no le temblaba el pulso, sólo al final, cuando tú disparaste, pude ver vacilación en su rostro.

-Lo siento pequeña.

- No lo sientas, tarde o temprano acabaría así. Lo que has hecho es lo correcto.

Se le acercó y le tiró de la capa.

-Vámonos de aquí, por favor.

Salieron los dos de la cueva sin decir una palabra, ambos sabían que sería mejor así.

-Te llevaré al pueblecito en el que recibí el contrato, no está muy lejos. Allí te dejaré con Tor y podrás quedarte un día a dormir en la cantina, yo te pagaré la habitación. Ya pensarás más tarde qué hacer o a dónde ir.

- Gracias Red, creo que después de eso volveré al orfanato de Whiven. La señorita Anabelle me echará de menos.

-Seguro que sí, muñequita.

-Y tú Red, ¿Me extrañarás? – Su voz tenía un tono burlón-

Red no dijo nada, y aunque no respondiese, Rosemary sabía la respuesta.

-Sí – masculló.

- ¡Lo sabía! –sonrió satisfecha por la respuesta-. Seguro que volveremos a vernos.

Los dos andaban por el desierto mientras el sol se preparaba para esconderse, dando las últimas bocanadas de luz. Un viento dorado los envolvía a los dos. Se estrellaban constantemente las motas de arena contra la cara de Rosemary. Sin embargo a Red parecían esquivarlo, como si se tratase de un demonio del desierto.